

FRANCISCO LAGUNA SANQUIRICO

Notas al proyecto “Una acción global para prevenir la guerra”

En este artículo, el autor plantea una serie de observaciones en torno al proyecto “Una acción global para prevenir la guerra”, publicado en el nº 65 de esta revista. Sin hacer una crítica negativa a la propuesta, el general Laguna afirma que su viabilidad puede quedar limitada, y para llegar a una auténtica paz no son suficientes el desarme y la desmilitarización, con el consiguiente desprestigio de lo militar, sino que es necesario promover una organización política y social cada día más universal.

Resulta difícil reflexionar con espíritu crítico en torno a proyectos que, por el objetivo que persiguen, no admiten discusión, porque cualquier observación se presta a ser valorada como crítica negativa. Esto sucede con la paz que debe calificarse como un bien universal y constituye el deseo del hombre desde la aparición de las sociedades primitivas. La violencia y la guerra son realidades que hoy, más que nunca, la humanidad desea desterrar. Cuando el director general de la Unesco declaró que era necesario incorporar el derecho a la paz entre los derechos básicos del hombre, no hizo más que recoger y dar forma a una corriente de pensamiento y a un deseo profundo que anida en todos los pueblos.

Dicho esto, es preciso dar un paso más y no contentarse con la simple admiración de los muchos proyectos y propuestas que plantean la urgencia y el método para alcanzar este ideal. La utopía es legítima, pero no siempre debe aceptarse como esquema de trabajo. Puede ser una referencia, pero los pasos intermedios han de formularse sobre la base de datos ciertos y de realidades contrastadas.

Francisco Laguna Sanquirico es General de Brigada en la reserva.

Cuando, quizás inadvertidamente, se introducen errores en las valoraciones se puede llegar a la paradoja de provocar precisamente aquello que se quiere evitar.

Este largo preámbulo parece necesario para evitar cualquier confusión respecto a las reflexiones que a continuación se formulan sobre el texto de varios autores, titulado "Una acción global para prevenir la guerra",¹ que tiene además el sugerente subtítulo de "Programa de medidas para gobiernos y organizaciones populares destinadas a parar la guerra, el genocidio y otras formas de conflictos mortales". Aceptando el ofrecimiento de los autores de participar aportando ideas y sugerencias, me atrevo a expresar algunos comentarios críticos, no al objetivo planteado, sino al proyecto y a algunas de las ideas expuestas.

Sobre la realidad de la guerra y la paz

Guerra y paz son sin duda situaciones antagónicas, pero la mayoría de los tratadistas y de los líderes de movimientos pacifistas fundamentan sus discursos en la idea de que la paz es mucho más que el cese del enfrentamiento bélico. Por lógica, por lo tanto, el desarme puro y simple tampoco supone la paz que es el objetivo deseado. En el planteamiento de que un desarme generalizado llevará a una paz global se cometen pues dos errores: el primero, el de la contradicción con la idea de la paz como superación, no sólo de la violencia, sino también de la pobreza, la injusticia, etc., y el segundo, el identificar el fenómeno de la guerra con la existencia de los ejércitos. Por desgracia son muchos los ejemplos que demuestran que no es así, aunque no se puede negar que la guerra la llevan a cabo grupos de hombres organizados y armados. Cabe añadir que la OTAN, la ONU y la mayoría de las primeras potencias valoran como una de las amenazas del siglo XXI el terrorismo internacional, y éste no lo llevan a cabo los ejércitos.

No se puede negar la relación que existe entre armamentismo y conflicto bélico, pero lo que no está nada claro es que ésta sea causal, tal como quedó demostrado cuando la desmembración de la URSS. A partir de 1991 se consideró superado el riesgo de una confrontación nuclear, siendo los arsenales prácticamente los mismos. Lo que ha cambiado hoy es el enfrentamiento político, esto es, la posibilidad de que uno u otro Gobierno, o grupo de países, decidan emplearlos.

Sin embargo, no se puede caer en el otro extremo. La carrera de armamentos no sólo ha tenido, y está teniendo, un alto coste social en el desarrollo de los pueblos, sino que supone un evidente peligro. Es necesario tender hacia un futuro en el que los ejércitos sean más reducidos y cada vez sean menos necesarios, pero esto pasa tanto por el desarme y la desmilitarización, como por la promoción de una organización política y social cada día más universal.

Según este enfoque, no se alcanzará la paz mediante una desmilitarización basada en el desprestigio de lo militar. Dejando de lado las atinadas observaciones que hizo en su día Ortega, para que el proceso de disminución de las Fuerzas Armadas sea paralelo al del progreso de la paz, es preciso que éstas sean valoradas y apoyadas por la sociedad, porque de otro modo se creará un abismo que puede llevar al conflicto. ¿Cabe pensar que se favorece la paz y la solución

¹ Ver *Papeles de cuestiones internacionales*, nº 65

de los conflictos con ejércitos, grandes o pequeños, formados por marginados o rechazados sociales? (tal es el caso de las grandes mafias o de los tristemente célebres paramilitares sudamericanos). Si el oficio de soldado es criticado y devaluado por el conjunto de la sociedad, ¿qué tipo de joven se incorporará a las Fuerzas Armadas, de las que han de surgir los casos azules? ¿El idealista? ¿El pacificador?

Para enfocar eficazmente el camino hacia la paz global, es preciso superar la idea de que basta el desarme. A la vez que se plantean soluciones imaginativas hacia como reducir prudente y progresivamente las Fuerzas Armadas, es necesario plantear fórmulas para el desarrollo social y económico, la eficacia de la justicia, la solución pacífica de los conflictos, entre otras, y todo ello no se puede abordar desde el tópico de que la guerra existe porque existen los ejércitos. Sólo cuando los hombres que componen las Fuerzas Armadas, esto es, los militares en su sentido amplio, se sientan identificados con los ideales del pueblo al que pertenecen y por el que están dispuestos a luchar, será posible un empleo de la fuerza en favor de la paz, en el supuesto, claro está, de que esos pueblos deseen precisamente esa paz. Si no existe esta concordancia es imposible avanzar y las utopías pueden dejar de ser referencias para pasar a ser amenazas.

Sobre los conceptos estratégicos

Son numerosos los políticos y estudiosos de este tema que plantean la necesidad de unas Fuerzas Armadas internacionales con capacidad para prevenir conflictos e imponer la paz, sin tener en cuenta las dificultades que es necesario superar para poner en práctica este ambicioso proyecto. Hace ya más de dos siglos que E. Kant planteó con enorme agudeza el tema en su ensayo “La paz perpetua”, en el que parte de la necesidad de una autoridad política mundial, como base imprescindible para un “Ejército mundial”.

Hoy nos encontramos muy lejos de esa autoridad mundial con capacidad de intervención. Es significativo que los informes de Butros Ghali y de Kofi Annan a la Asamblea General de la ONU, a la vez que insisten sobre la necesidad de que existan unas Fuerzas Armadas a disposición del Consejo de Seguridad, afirmen que la seguridad internacional se apoya en la existencia de los Estados-nación. Esta realidad plantea una larga serie de interrogantes, porque cuando se alude a ejércitos internacionales parece que se piensa solamente en unas unidades, más o menos armadas, pero no se dice nada de la necesidad de una fuerza aérea y de una fuerza naval que entre otras cosas precisan de bases y de un apoyo logístico complejo. ¿Estas bases pertenecerían a un país? ¿estará éste a cubierto de una intervención en contra de sus intereses?

Situar las bases militares en países de menor importancia, como de hecho ha sucedido con la elección del secretario general de la ONU, es condenarlas a la falta de operatividad, sobre todo si las grandes potencias mantienen las propias. Lo mismo puede decirse del mando de estas Fuerzas, ¿de qué nacionalidad será? ¿cómo y quién controlará ese Estado Mayor? En la actual situación de la política internacional, ¿no sería un paso hacia el peligroso modelo que anticipaba Orwell en su obra “1984”?

*Para enfocar
eficazmente el
camino hacia
la paz global,
es preciso
superar la
idea de que
basta el
desarme.*

También hay que hacer algunas observaciones al empleo de conceptos estratégicos que como el de la “defensa-defensiva” son cuando menos equívocos. Bastan dos ejemplos para reflexionar sobre su imprecisión. Una de las “armas” más claramente ofensivas son los portaaviones, buques diseñados fundamentalmente para combatir lejos de las costas propias. Pero la acción de la ONU (encomendando la tarea a la OTAN) para liberar Sarajevo, sólo fue posible con el apoyo naval y aéreo de varios portaaviones. ¿Aquellos bombardeos fueron ofensivos o defensivos?

Más claro aún puede ser el caso de las minas antipersonal. Se trata de un arma claramente defensiva, diseñada y fabricada con este objetivo. Sin embargo, hoy constituye uno de los mayores peligros para la población civil en muchas regiones y ha sido, y está siendo, utilizada con una mentalidad claramente agresiva. Estos ejemplos y otros muchos, demuestran que hablar de medios o doctrinas “ofensivas” o “defensivas” sin profundizar y sin diferenciar su significado como conceptos estratégicos y como conceptos políticos, esto es, de intencionalidad, es un error más extendido de lo que sería de desear.

Algo similar sucede con el tema del desarme. Es totalmente cierto que la carrera de armamentos ha supuesto no sólo un freno para el desarrollo económico mundial (y en especial el de los países más pobres), sino también un incremento de los riesgos de confrontación. Pero no debe perderse de vista que, paradójicamente, en el marco de la actual situación política del mundo, un desarme total proporcionaría una ventaja decisiva a las naciones más desarrolladas. Caso de considerarlo necesario para su supervivencia, ¿cuánto tiempo tardarían EE UU, Alemania o China en rearmarse? ¿Quién tendría capacidad para impedirlo? Incluso en lo que se refiere a las armas de destrucción masiva el mundo ha de hacerse a la idea de que durante muchos años ha de convivir con ellas porque, dado el actual desarrollo industrial y tecnológico son varias las naciones que en muy poco tiempo podrían fabricarlas a partir de cero. No tenerlo en cuenta es cuando menos una temeridad que no se pueden permitir los pueblos.

Iniciativas y esfuerzos a favor de la paz

Ya se ha citado a Kant y a su propuesta de un Gobierno mundial como base imprescindible para una paz global y permanente. Su iniciativa no encontró el eco deseado pero desde entonces han sido muchos los organismos que se esfuerzan en lograrlo. Después de la condena de la guerra de la Sociedad de Naciones y del Pacto Briant-Kellog, la ONU se ha esforzado en lograr que los conflictos se solucionasen por la vía diplomática. Hay que reconocer que son muchos los casos en que no lo ha logrado y que caben dudas sobre si su actual organización es la adecuada, pero no parece conveniente plantear iniciativas que yendo en esta misma dirección olviden o prescindan de lo logrado y de los esfuerzos que en la actualidad se están realizando.

Lo mismo sucede con otras iniciativas como las Conferencias de Desarme (Helsinki 1975 es un paradigma) cuya existencia no se puede olvidar. Estas Conferencias no sólo se han referido al armamento nuclear sino también al convencional y conviene recordar aportaciones como el desarrollo de las “medidas de con-

fianza” que han constituido un factor decisivo para el proceso de distensión que hoy se vive.

Este reconocimiento plantea la cuestión de si el camino más eficaz no es el de apoyar estas iniciativas, sin plantear otros caminos que parecen ignorar los trabajos y esfuerzos de quienes desde muy diferentes ámbitos dedican su vida a luchar por la paz. No se debe menospreciar ningún proyecto y en este sentido debe valorarse el de “Una acción global para prevenir la guerra”. Lo que importa es aunar esfuerzos, coordinarlos y trabajar en común dentro de lo posible.

Un comentario final

Estos comentarios podrían interpretarse como una crítica negativa a la propuesta de “Una acción global para prevenir la guerra”, y nada más lejos de mi intención. En su exposición de motivos y en los objetivos propuestos existen muchos puntos positivos y de interés, pero su viabilidad (que en definitiva es lo importante) puede quedar limitada, si no se profundizan algunos de los temas expuestos.

Tampoco sería honesto limitarse a señalar puntos críticos sin aportar ninguna sugerencia. Por ello, y sin pretensión de proyecto ni de resumen, me atrevo a plantear como elementos necesarios para hacer eficaz un programa de paz los siguientes:

Asegurar el control político de las Fuerzas Armadas, especialmente las de aquellas naciones con menor desarrollo democrático. Esta acción debe ser simultánea al establecimiento de un control real de los Gobiernos por parte de las sociedades a las que representan y sirven.

- Fomentar la educación para la paz, no sólo como actitud de los grupos sociales, sino también como opción personal. Sin olvidar que lo contrario a la cultura de paz es la cultura de la violencia, pero no la cultura de defensa que tiene otras características.
- Apoyar el desarrollo de los organismos e instituciones que propugnan la solución de los conflictos por medios pacíficos. Entre ellos destaca por su importancia la creación de foros internacionales y cuanto pueda ir fomentando la creación de uniones políticas cada vez más universales.
- Reajustar las dimensiones de los ejércitos y de los medios a su disposición a la necesidades de la paz. Ello exige no limitar los objetivos a los riesgos estrictamente nacionales o locales, sino plantearlos a nivel de seguridad colectiva y de cooperación internacional.
- Valorar en su justo término el papel de cuantas organizaciones e instituciones hacen posible la paz. Entre ellas, las Fuerzas Armadas que sólo estando bien organizadas, equipadas, con disciplina y con apoyo de la sociedad, serán capaces de cumplir su misión.